

El Baluarte

Autógrafo Albert Lagar nº 9 MADRID

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 109

Sevilla—Miércoles 14 de Mayo de 1902

AÑO XXVI

Cortar por lo sano

El problema de las famosas órdenes religiosas constituye un verdadero nudo gordiano que nadie acierta a desatar y que es preciso cortar.

El Gobierno ha representado un tristísimo papel en el debate promovido en el Congreso y todas las minorías monárquicas, con Silveira á la cabeza y con Maura de contrapunto, se han manifestado al desnudo, reconociendo el supremo poder de Roma sobre los derechos del pueblo español y declarando que las asociaciones religiosas son parte integrante de la constitución de la Iglesia, y como la Iglesia en España lo es todo, las órdenes monásticas y las asociaciones religiosas también lo son todo.

No se concibe mayor dejación de la potestad civil ni traición semejante á la soberanía de una nación que presume de libre.

No discutimos al Gobierno, primer responsable de las osadías de los conservadores, porque su debilidad, su miedo y su olvido y abandono de los intereses liberales que dice representar, le han ahogado, y el Gobierno esté irremisiblemente muerto, y á los muertos ya no se les discute.

Su desdichada defensa de la gestión en este arduo problema le ha puesto fuera de combate, entregado á sus enemigos y á los enemigos de España.

A sus sucesores, á los que van á sustituir inmediatamente á este desdichado gobierno de la fórmula en los primeros días del reinado de don Alfonso, es á los que vamos á poner de relieve ante el país, no sin antes dejar de lamentar que los republicanos no hayan podido ponerse de acuerdo para saltar el tapón y oponer á la política de compadrazgos y de abdicaciones ante Roma una política completamente nacional y de absoluta emancipación de la Iglesia, la que, aun siendo nuestra prisionera en el estado, todavía podría hacernos daño.

Ya no hay que hablar de asociaciones religiosas ni de órdenes monásticas concordadas ó no concordadas; hay que abordar el problema religioso en toda su integridad, y tratar la cuestión en su aspecto total.

La Iglesia, con frailes y sin frailes, es la principal rémora de todo progreso, el enemigo jurado del engrandecimiento de España y de la libertad de los conciudadanos, el baluarte principal en que se apoyan ese par de centenares de conservadores para seguir dominando é imponiendo por un mal sentido y peor practicado sistema de poseer las llaves del cielo para abrir de par en par las puertas de la salvación eterna á los cándidos que aún creen en las verdades reveladas.

Hombres de derecho son Maura y Silveira; pero ni el uno ni el otro, con ser tan eminentes, se atreverían á demostrarnos que la Iglesia puede ser una potestad para los efectos de la Constitución y del gobierno de las naciones, ni siquiera una corporación con facultades para compartir determinados derechos, que si por gracia otorgó la hipocresía por un acto de voluntad y de poder, pueden suprimir las naciones, como lo suprimiría la nuestra en el momento en que el sufragio sea una verdad y la voluntad de los españoles se manifieste mediante el voto libre, sin esas formas de pucherazo á que nos tienen acostumbrados liberales y conservadores. Ciertamente hay una Constitución que proclama á la religión católica como la religión del Estado; pero con ser tan reaccionaria esa Constitución, el precepto mismo de su artículo y su sentido general, significan otorgamiento gracioso á Roma y la Iglesia, no concierto, ni pacto, ni reconocimiento de potestad, que nadie que tenga nociones de derecho puede aceptar; y ese reconocimiento es el último baluarte de concesiones á un pasado, y la última fórmula de un convencionalismo que todavía lleva á ciertas gentes á afirmar que la mayoría de los españoles son católicos, unos porque lo dicen y otros porque lo callan.

Aquí no hay católicos, ni creyentes, ni nada. Pero los conservadores, aprovechándose de esta pasividad ó falta de valor de muchas gentes, se apoyan en la religión para mermar la soberanía,

abusar de la libertad é imponerse del pueblo, y esto debe acabar ya, porque nuestro pueblo ha llegado á la mayoría de edad, y no necesita tutores, y menos se deja seducir por temor al infierno.

La circular del Nuncio, que cuesta la vida al gobierno sagastino, es la más palmaria demostración de que Roma lo quiere todo, abusando de nuestra prudencia y de cierta pasividad, pues arranquemos todas las concesiones y neguemoslo todo en justa compensación, dejando á la conciencia individual que crea cuanto quiera y, proclamando la potestad soberana del pueblo.

Cortemos por lo sano, aboliendo todo lo que con la Iglesia se relaciona.

A. A.

No hay ruptura

Un diputado republicano de los más interesados en inocular la unión republicana ante el altar en que ha de jurar dentro de tres días Alfonso XIII, llevó á *El Liberal* la falsa noticia de que los diputados reunidos habían roto políticamente con los de la izquierda.

La verdad de lo ocurrido se halla expresada en la nota verdaderamente oficiosa publicada en *El Liberal*:

«Lo ocurrido en la reunión de la minoría republicana, según los más autorizados informes, fué lo siguiente:

A petición del Sr. Marengo, reuniéronse anteayer en el domicilio del Sr. Muro, y bajo la presidencia de éste, los señores Azcárate, Ojeda, Marengo, Alvarez (D. Melquiades) y Ballester.

El Sr. Marengo dió cuenta á sus compañeros de minoría de los acuerdos del tribunal de honor que había descalificado al Sr. Lerroux. Discutido este asunto, y teniendo en cuenta que, tanto el expresado tribunal como el Sr. Lerroux dejaban la puerta abierta (el primero, no negándose á recibir y examinar pruebas, y el segundo ofreciendo presentarlas) para una rectificación de aquel delicadísimo acuerdo, se resolvió aguardar los descargos que el Sr. Lerroux prometía en sus cartas y telegramas, absteniéndose, hasta entonces, de formular un juicio definitivo.

El Sr. Marengo entonces invitó á sus compañeros á examinar las dificultades que ofrecía la subsistencia de la unión con la extrema izquierda, cuyos procedimientos y tendencias seguramente condenarían los reunidos.

Discutióse la procedencia de una ruptura política en las presentes circunstancias, opinando contra ella los Sres. Muro y Azcárate. Mas como los demás señores insistieran en que recayese acuerdo, el Sr. Muro indicó la necesidad de aplazar toda resolución hasta que así lo resolviera la minoría en pleno, á la que citaría para otra reunión, toda vez que, siendo 15 los diputados que constituyen aquella minoría, y estando presentes solamente seis, debía llamarse á todos, y entre todos acordar lo que estimasen más acertado.

Así lo convinieron, é inmediatamente el Sr. Muro telegrafió á los diputados ausentes, algunos de los cuales han ofrecido venir en el acto.

En suma: los señores Azcárate y Muro juzgan inconveniente la ruptura, por la que opinaron los Sres. Marengo, Ojeda, Ballester y Alvarez.»

Algo falta ahí, como la noticia de que el Directorio de la Unión Nacional Republicana rechazó unánimemente la ruptura.

Ya me admiraba á mí que hombres como Azcárate y Muro se abrogaran facultades del partido, se declararan definidores y rompieran en vísperas de la jura la unión, no más que para satisfacer la vanidad y calmar el despecho de Marengo. Retiro, pues, cuanto escribí en contra de esos dos señores, dando por cierta la noticia de *El Liberal*.

Es de lo más peregrino lo que ocurre. Marengo declara que prefiere estar al lado de dos aristócratas y dos generales, con él individuo del Tribunal de Honor, á seguir siendo republi-

cano y encima propone la desunión. ¿Tiene más ese señor que marcharse con viento fresco á la monarquía? ¿Quién le va á llorar? ¿Quiénes han de echarle de menos?

Marengo jamás ha hecho nada de provecho para la causa republicana. Nos sentaba bien tener un Neptuno galoneado en aquellos bancos, y satisfecha nuestra vanidad, nada pedíamos al republicano, lobo de mar. El procedía muy bien: votaba con sus compañeros, interrumpía á los enemigos en ocasiones solemnes; se las echaba de anticlerical y revolucionario; daba de cuando en cuando la lata al ministro del ramo y era bien querido en las esferas oficiales.

Ya nadie se acordaba de aquella caumaqueta parlamentaria, en la que Marengo fué echado á pique por la fragata Xiquena.

Pero que se nos salga un republicano de adorno, un diputado favorecido con la benevolencia ministerial, con la necia pretensión de que se rompa la Unión Republicana, es abusar y faltar á la reunión.

Si quiere romper, váyase con los caballeros de la Tabla Redonda el Sr. Marengo. Si su corazón, sus gustos, sus amistades y hasta sus intereses están en el campo monárquico, váyanse norabuena Neptuno y Minerva, quiero decir, Marengo y D. Melquiades.

Este joven rabia por ser jefe de una agrupación gubernamental, como si pudiera disputar él esa jefatura á Salmerón, á Azcárate y aun á Muro. En fin, váyase, si tanta prisa le corre á convertirse en Celleruelo, que es el fin que va á tener el coruscante D. Melquiades.

El simpático moro cristiano Ojeda, el mismo papel haría en los bancos de la minoría que en los de la mayoría: en unos y en otros parecería un simple vendedor de alcuzcuz.

¿Pero y Ballesteros? ¿Será posible que don Juan Gualberto viere como Marengo hacia la monarquía? Ballesteros fué siempre un buen progresista, muy amante de la revolución y hasta diputado batallador y hábil. Había oído decir que andaba muy unido á Moret, á quien debía el acta y un cargo en el ferrocarril Central de Aragón. No lo había creído, pero ahora me rindo á la evidencia.

Es triste, muy triste ver cómo se deshace el republicanismo. Pero maldita la tristeza que debe darnos que en el bajel Marengo se vayan algunos á embarcar en la playa hospitalaria de la monarquía.

ROBERTO CASTROVIDO.

LOS DIPUTADOS REPUBLICANOS

Nuestros queridos huéspedes, los diputados republicanos de la Federación Revolucionaria, dedicaron el día de ayer á visitar algunos monumentos y centros donde se conservan las infinitas riquezas artísticas que encierra Sevilla.

Primeramente estuvieron en la suntuosa basílica, donde pudieron apreciar detenidamente las joyas que nos legaron nuestros antepasados.

El templo, como obra de fábrica, fué objeto de minucioso examen por los inteligentes visitantes.

Si grande fué el encanto de los expedicionarios propagandistas ante la grandiosa majestad del conuente, no fué menor el que experimentaron en presencia del contenido. Porque en realidad nuestra Catedral es un relicario que encierra infinitas joyas de inapreciable mérito en todos los órdenes de la industria y el arte.

Contemplaron todos los cuadros y esculturas de los insignes genios que pusieron á contribución su talento para hacer de nuestra metropolitana iglesia una de las curiosidades más dignas de ser visitadas.

Después de la Catedral visitaron la Santa Caridad, donde admiraron entre otras cosas los dos cuadros de Vaidés Leal.

Luego pasaron al Museo Provincial, y de éste á la iglesia de Santa Ana.

Luego estuvieron en la fábrica de cerámica y azulejos de los señores Mensaque Hermanos.

D. Enrique Mensaque se desdizo en atenciones con los visitantes que salieron altamente complacidos y reconociendo que los referidos señores pueden vanagloriarse de haber establecido en Sevilla una industria que honra á nuestra capital.

Por la tarde recibieron nuestros amigos la visita de numerosos correligionarios, y comisiones de los pueblos, que llenos del mayor entusiasmo por la campaña que aquéllos hacen, de-

sean demostrar que el elemento democrático español no tiene hoy más esperanza que la que le ofrecen los señores Blasco Ibáñez, Soriano y Lerroux, mal que pese á los tribunales de honor y á los republicanos de doblé.

Por la noche estuvieron en el Centro Republicano, donde recibieron elocuentes pruebas de adhesión y cariño.

Esta mañana, acompañados de varios correligionarios y algunos periodistas, salieron para Carmona, en cuya ciudad darán esta noche un mitin que ha de ser muy concurrido, á juzgar por el entusiasmo que reina entre los elementos democráticos radicales de aquella población.

DE ACTUALIDAD

La Arlesiana (1)

Para dirigirse al pueblo, conforme se baja de mi molino, hay que pasar por delante de una masada construída cerca de la carretera en el fondo de un extenso patio plantado de guindos. Es la verdadera casa del cortijero provenzal; la casa de tejas encarnadas, de extensa fachada, con huecos de puertas y ventanas irregularmente abiertas, con su veta encima del granero, la polea para subir á los trojes las cargas de grano y algunos montones de heno...

¿Por qué había llamado mi atención aquella casa? ¿Por qué me oprimía el corazón aquel portal cerrado? No hubiese podido yo explicarlo, y, con todo, aquel lugar me daba frío. Reinaba en sus alrededores demasiado silencio. Cuando se pasaba cerca no ladraban los perros; las gallinas de Guinea huían silenciosas. ¡Dentro ni una voz! Nada; ni el cascabel de una mula. De no haber visto el humo que se elevaba del techo, hubiérase creído deshabitada la casa.

Ayer, cerca de medio día, regresaba yo del pueblo, y para librarme del sol, caminaba á lo largo de la fachada, bajo la sombra de los árboles.

En el camino, delante de la masada, algunos criados silenciosos acababan de cargar una carreta de heno... El portón había quedado abierto; al pasar dirigí una mirada al interior; vi, allá en el fondo del patio, puesto de codos sobre una ancha mesa de piedra y con la cabeza entre las manos, á un viejo de elevada estatura, completamente cano, con un traje demasiado corto y los pantalones completamente destrozados. Detúveme un momento. Uno de aquellos hombres me dijo en voz baja:

—¡Chist! es el amo. Así está desde que ocurrió la desgracia de su hijo.

En ese momento una mujer y un niño, vestidos de negro, pasaron muy cerca de mí, con sendos devocionarios dorados en las manos, y entraron en la quinta.

El hombre continuó diciendo:

—El ama y el chiquitín que vuelven de misa. Desde que el hijo se mató, van todos los días... ¡Ah, señor! ¡Qué desdichal... El padre lleva todavía el traje de luto; no han podido hacerse quitar desde entonces... ¡Eh! ¡eh! ¡cuidad de esa caballería!

La carreta se movió para emprender la marcha. Yo, que deseaba saber algo más, solicité del carretero permiso para subir á su lado; allí, en la carretera, entre el heno, me enteré de tan conmovedora historia.

Se llamaba Juan. Era un hermoso campesino de veinte años; vergonzoso como una doncella, fuerte y de rostro franco y abierto. Como era buen mozo, mirábanle con curiosidad todas las mujeres, pero él solamente pensaba en una — una arlesiana que había visto cierto día en el paseo de Arlés, cubierta de terciopelo y encajes. — En la granja no se recibían con agrado aquellas relaciones. La muchacha tenía fama de coquetuela, y sus padres no eran del país. Pero Juan quería á su arlesiana á toda costa, y decía:

—Si no me la dan, me muer.

Fué necesario resignarse. Se resolvió, pues que después de la recolección los casarían.

Pero aconteció que en la tarde de un domingo, la familia acababa de comer en el patio de la masada.

Era aquella casi una comida de boda.

(1) Este conmovedor cuento de Daudet es la primera idea de la obra que, arreglada á nuestra escena por D. Rodrigo Soriano, acaba de estrenarse en La Princesa, de Madrid.

La novia no se hallaba presente; pero todos habían brindado por ella varias veces.... Un hombre se presentó a la puerta, y con voz algo temblorosa preguntó al Sr. Esteve, y dijo que deseaba hablar con él a solas. Esteve se levantó, y salió a la carretera.

—Señor mío—le dijo aquel hombre—va usted a casar a su hijo con una bribona que ha sido mía por espacio de dos años. Puedo demostrar lo que digo: vea usted esas cartas. Los padres lo sabían todo, y me habían concedido la mano de su hija; pero desde que el hijo de usted la galantea, ya no me quiere. Había yo creído, sin embargo, que después de lo que hay entre nosotros, esa muchacha no podía casarse con otro hombre.

—Está bien—dijo el Sr. Esteve cuando hubo leído las cartas—Entre usted a beber una copa de vino moscatel.

El hombre contestó:

—¡Gracias! Siento más que la sed el dolor. Y se alejó de allí.

El padre tornó a su sitio impasible, y la comida terminó alegremente.

Aquella noche el Sr. Esteve y su hijo salieron juntos a pasear por el campo. Mucho tiempo estuvieron fuera de casa; cuando regresaron, la madre los esperaba.

—Mujer—le dijo el cortijero acercándose a su hijo—abrázalo es muy desgraciado.

Juan no volvió a decir nada de la arlesiana. Sin embargo, seguía queriéndola, y aun la quería más que antes la había querido desde que la juzgaba en brazos de otro. Pero era demasiado orgulloso para decir nada: esto fué lo que le mató. ¡Pobre chico! Algunas veces permanecía días enteros en un rincón sin moverse, otros días poníase al trabajo con rabia, y él solo hacía la faena de diez jornaleros.... Al anoecer emprendía el camino de Arlés, y seguía adelante hasta que veía dibujarse en el Poniente los esbeltos campanarios de la ciudad. Entonces volvía paso atrás. Nunca fué más adelante.

Viéndose así, triste siempre y siempre solitario, la familia no sabía qué determinación adoptar, y temía una desgracia.

En cierta ocasión su madre, mirándole con ojos llenos de lágrimas, le dijo en la mesa:

—Mira, Juan; si, apesar de todo, la quieres tela daremos.

El padre, encendido de vergüenza, bajó la cabeza. Juan hizo una señal negativa, y salió.

Desde aquel día cambió del todo su modo de vivir, fingió estar alegre siempre para tranquilizar a sus padres. Se le volvió a ver en los bailes, en la taberna, en las diversiones. En la romería de Fonvillele él fué quien dirigió a los cómicos.

El padre decía:

—Ya está curado.

La madre abrigaba todavía sus recelos, y vigilaba más que nunca a su hijo.

Juan y el chiquitito dormían en el mismo cuarto; la madre hizo que le pusieran una cama cerca del cuarto de los hijos.

Llegó el día de San Eloy, patrón de la granjera.

Hubo en la morada alegría y jolgorio sin límites. Se comió bien, y todos bebieron vino como si fuese agua. Después hubo cohetes, fuegos artificiales, farolillos de colores en los árboles. ¡Viva San Eloy! ¡Se bailó hasta reventar!... El chiquitito se quemó su blusa nueva Juan parecía contentísimo; quiso hacer bailar a su madre; la pobre mujer lloraba de puro gozo.

A media noche todos fueron a retirarse. No había quien no tuviese necesidad de descanso. Juan, sin embargo, no durmió. ¡Ah! ¡El pobre estaba bien cogido, puede usted creerme!

Al amanecer del día siguiente, la madre oyó que alguien atravesaba su cuarto muy precipitadamente. Tuvo como un presentimiento.

—Juan, ¿eres tú?

Juan no responde, y ya está en la escalera.

Sube al granero y ella sube detrás.

—¡Hijo mío, hijo mío! ¡Por Dios!

Juan echa el cerrojo.

—Juan, Juanito mío, respóndeme. ¿Qué vas a hacer?

A tientas, con manos temblorosas, la pobre mujer busca el picaporte.... Abrióse una ventana; el ruido siniestro de un cuerpo que cae suena sobre las losas del patio; nada más....

Juan se había dicho:—«La quiero mucho.... Me voy.» ¡Ah, qué pobre es nuestro corazón! ¡Muy triste es que el desprecio no pueda matar el amor!

Aquella mañana, los vecinos del pueblo se preguntaban quién podría gritar así, allá, hacia la morada de Esteve.

En el patio, delante de la mesa de piedra, cubierta de rocío y de sangre, estaba la madre,

casí desnuda, sosteniendo en los brazos el cadáver de su hijo.

ALFONSO DAUDET.

De actualidad

El eterno pretendiente a la corona de España, Carlos de Borbón titulado VII, ha publicado un manifiesto en el cual dice:

«Hace diez y seis años que desde Lucerna protesté solemnemente contra la proclamación de mi sobrino D. Alfonso, como rey de España, mediante lo cual se confirmaba una vez más la usurpación cometida a la muerte de Fernando VII, del solio de San Fernando.

El derecho me pertenece. Por él, y por los sagrados intereses que simboliza, luché con gloria, aunque sin fortuna, en los campos de batalla, seguido por leales y heroicos defensores, cuya fé y entusiasmo no decaen, apesar del tiempo que transcurrir y de las desgracias que nos persiguen.

Con ellos cuento siempre para reivindicar en momento oportuno y por la vía que proceda la corona que se me arrebató nuevamente con la declaración de la mayoría de edad.

Perdidas deshonrosamente las colonias, mermando el territorio, desatendida la Iglesia, desorganizado el Ejército, desecha la Marina.

Recrudescidas las cuestiones religiosas y social, sin hacienda, sin crédito, casi sin patria, su trono se asienta únicamente sobre las ruinas de los escombros de lo que un día fué poderosa nación española, dueña de ambos mundos, cuando la regía el cetro de sus reyes de verdad.

Menguado porvenir le espera, pero más lamentable será aún el de nuestra España, si Dios no pone pronto remedio a sus males, como lo espero.

Yo, mientras tanto, hijo fiel y sumiso de la Iglesia, español amante de mi país, monarca de derecho, protesto nuevamente de la usurpación que se consuma contra la religión, contra la inmoralidad que crece y se desborda y contra la revolución triunfante.

Contra las tendencias anarquistas y antisociales que por doquiera se extienden y contra todo lo que se oponga al sagrado lema: Dios, Patria y Rey, escrito en mi bandera, hoy plegada temporalmente, pero pronto a enarbolarse con brío cuando sea menester.

Soy el mismo de siempre. Mi actitud, mis ideas, mis propósitos, mis convicciones, no varían.

Dispuesto estoy, como siempre lo he estado, a todos los sacrificios, para cumplir mis deberes, contando con que también vosotros, abriendo los ojos a la luz de la verdad, sabréis igualmente cumplir los vuestros, para que, unidos, podamos salvar a España, y con ella la causa de la religión, la del derecho y la del orden social.

Así lo espera, vuestro rey, Carlos.»

Parece que el indulto acordado en el Consejo de ministros celebrado ayer, para solemnizar la jura del Rey, comprenderá a todas las penas.

A los condenados a cadena perpétua y temporal, se le rebajará la sexta parte; los que sufren prisión mayor, la cuarta parte; los que sufren penas correccionales, la mitad, y los de penas de arresto y multa total.

En el indulto no se comprende a los reincidentes en un mismo delito, y se da un plazo de veinte días para desistir de los recursos de casación interpuestos.

Se teme que el elemento obrero de Barcelona acuerde un paro general, como protesta por las prisiones hechas con motivo de los sucesos desarrollados en aquella capital.

Se esperaba que hoy no acudirían al trabajo ni los carreteros, ni los conductores de ninguna clase de vehículos.

Los huelguistas serán secundados por los obreros de otros oficios.

Se ha ordenado que fuerzas de orden público ocupen los puntos estratégicos de la población.

También se asegura que hay cierta simultaneidad entre el movimiento obrero y el movimiento carlista.

El día de ayer transcurrió tranquilo, trabajándose como de ordinario.

Al amanecer, pequeños grupos de obreros intentaron ejercer coacciones, desistiendo luego de ello.

En la carretera del cementerio antiguo algunos grupos, muy poco numerosos, pretendieron impedir la circulación de los carros.

Inmediatamente acudió fuerza de la guardia civil que disolvió los grupos.

En el gobierno civil han celebrado una reunión los presidentes de las Sociedades Económicas principales, tratando de la creación de una caja para los inválidos del trabajo, dotada de los fondos recaudados de la suscripción hecha después de la huelga.

El juzgado militar ha tomado declaración a los individuos que fueron detenidos anteayer, decretando la libertad de tres de ellos.

Supónese que los restantes serán libertados paulatinamente.

Ha sido detenido nuevamente en Gracia un carlista, recientemente libertado, por sospecharse que intentaba marchar a Madrid.

Se ha efectuado un registro en los domicilios de los carlistas.

Hay detenidos dos italianos y dos franceses sospechosos de anarquismo.

Se ha celebrado Consejo de guerra contra

los detenidos a causa del incidente que se desarrolló en la fiesta de los Juegos Florales.

El fiscal pidió seis meses de prisión y multa de 400 pesetas para cada uno de los procesados.

El defensor solicitó la absolución de todos ellos, pidiendo seis meses de prisión para los inspectores de policía que detuvieron a los procesados a la salida de los Juegos Florales, por considerarles reos de falso testimonio.

La sentencia será publicada después que la apruebe el general Bargés.

También se ha visto la causa seguida contra los detenidos por la cuestión del jubileo, siendo absueltos cinco procesados.

La administración del Bureau Veritas acaba de publicar la lista de los siniestros marítimos ocurridos durante el mes de Marzo último.

Buques de vela perdidos:

Diez americanos, 1 argentino, 1 brasileño, 12 ingleses, 7 franceses, 2 alemanes, 10 italianos, 2 japoneses, 9 noruegos y 3 suecos. Total 57.

En este número están incluidos ocho buques, supuestos perdidos a causa de falta de noticias. Buques de vapor señalados perdidos:

Un americano, 1 belga, 14 ingleses, 1 holandés, 1 francés, 1 alemán, 1 griego, 1 italiano, 2 japoneses, 2 noruegos, 1 español y 2 rusos. Total 31.

En Alcora, pueblo de la provincia de Castellón, están declarados en huelga mil jornaleros del campo, los cuales piden aumento de jornal.

Los huelguistas han ejercido coacción sobre los compañeros que no han querido abandonar el trabajo.

Han marchado fuerzas a Alcora para impedir las coacciones.

Los estudiantes de Valladolid, en número de unos trescientos, salieron ayer en manifestación dando vueltas al conde de Romanos y cantando coplas alusivas al mismo.

Fuerza de la guardia civil dispersó los grupos, ocasionándose con este motivo las consiguientes carreras y sustos.

A poco llegaron el gobernador civil y el rector de la Universidad, los cuales dirigieron una alocución a los manifestantes, consiguiendo restablecer el orden.

El Congreso norteamericano ha votado un crédito de 200,000 dólares con destino a socorrer las víctimas de la catástrofe de la Martinica.

Las noticias cablegráficas que se reciben de Port-Prince, capital de la república de Haití, dan cuenta de que los revolucionarios han conseguido el triunfo, apoderándose del Gobierno.

Comunican de San Petersburgo que en un depósito de mercancías de las almacenadas en una de las estaciones ferroviarias, hizo explosión una de las sustancias inflamables, dando motivo a un horroroso incendio, de que han sido pasto mercancías, vagones y edificios, en el que han perecido muchas personas y han resultado infinitos heridos.

La consternación producida en la población es imposible de describirse.

Por la costa del Riff, cerca de Chafarinas, se sabe de forma verídica que se está efectuando contrabando en gran escala, de municiones de guerra, procedente de Gibraltar y de la frontera argelino-marroquí.

Hace pocos días se introdujo uno muy importante, consistente en su mayoría de fusiles Gras, siendo esta arma la que más usan los moros de los alrededores de Melilla, Chafarinas, ó sean los que dominan en el territorio del Cabo Agua, frente a esta última plaza.

Las mujeres de Zola

Una de las cosas en que casi toda la humanidad está de acuerdo con el ilustre Nordau, es en creer que Zola no produce para el universo de sus novelas, sino seres malsanos. Sus mujeres especialmente, aparecen ante los ojos de la burguesía internacional como criaturas de vicio, de lujuria, de instinto malo.

Allí está la Mouquette haciendo en el lavadero, su gesto obsceno; allí está Clotilde, flor de letrea, que con su perfume amoroso envenena el alma del sabio; allí está Naná, en fin, que es suma y compendio del vicio y de los vicios, de todo los vicios, de todas las perversidades.

Naná, la simbólica, la mosca de oro, la que en las noches de los colegios aparece, como la imagen del pecado supremo y de la suprema voluptuosidad. Y todos los críticos, obsesionados por estas mujeres del maestro, repiten eternamente: «¡Criaturas malsanas!...»

¿Malsanas? Viéndolas de cerca y en conjunto, lo que se nota, por el contrario, es una abundancia extrema de vida, de salud, de energía. Más que como parisiense de nuestra época, desequilibrada, nerviosa, frágil, mitad de pájaro y mitad muñeca, la hija de Eva aparece en los Rougon Macquart como la verdadera hembra.

Suprimamos a Angélica, que es un ensueño, y veamos a las demás.

Hé aquí Albina, de la *Faute de l'Abbe Mou-*

ret. Su carne era blanca como la leche; su cabellera rubia la cubría de luz crepuscular; su traje blanco, estrecho, pegado al cuerpo, hacíala andar como desnuda; de tal manera ajustábase a sus magníficas ondulaciones; su risa era franca y fuerte; el último rasgo de su fisonomía es éste: «Era muy seria en el tondo, y tan naturalmente bella como los árboles son bellos.»

Lo que no es sano, fuerte, fresco, no parece hermoso al maestro. Sus mujeres no tienen nunca el encanto extraño de las heroínas de Huysmans, de Lorrain, de Rensny. Son lindas como el pueblo quiere que lo sean. Tienen caderas, senos, mejillas. No son las madonas, boticellescas, casi incorpóreas, de los poemas simbolistas. Tampoco son las hermafroditas angulosas, inquietantes, casi niños, casi mujeres, ni uno ni otro, mezcla de gracia que huye y de fuerza que no llega, de las obras de Peladán.

No. Aun en la fragilidad mística tienen algo de recio.

La propia Angélica era alegre, sana, de una belleza rara, de un encanto indefinido, que florecía en carne inocente.

En cuanto a las otras, a las que son lo contrario de Angélica, viven con una admirable intensidad de vida animal. Naná, por ejemplo, resulta en la galería de las cortesanas parisienses un ser excepcional. Es redonda de alma y de cuerpo; es fresca, es rosada, es sencilla. Carece de fantasías diabólicas y desconoce los refinamientos de sus hermanas. Una Liane de Pougy, etnómana y sensitiva, literaria y clorótica, haríala reír con su risa de divina bestia humana.

Una escritora de talento, May Armand Blang, cuyos estudios sobre el mundo femenino en la novela moderna son muy notables, ha descubierto que las cinco palabras que más abundan en los retratos de mujer trazados por Zola, son «buena», «valiente», «sencilla», «sana» y «alegre.»

La señora Carolina, de *L'argent* es un tipo perfecto de mujer. «Sus labios carnosos—dice el novelista—denotaban una bondad exquisita. Había en ella un encanto risueño de abuela, en una frescura y una fuerza de bella amorosa. Era alta y fuerte; su paso era franco y noble; su carnación muy sana. Era muy tolerante y perfectamente equilibrada en sus juicios. Su inteligencia bonachona, su sencillez, su valor, su buen carácter, permitíanla luchar con ventaja contra la adversidad. Sus ojos bellísimos lucían la franqueza.» Frente a este retrato de mujer madura, puede ponerse el de una niña, la Denise de *Bonheur de Dames*, que «trae a la vida todo lo que puede pedirse de bueno a una mujer, es decir, el valor, la alegría, la sencillez.»

¿No sentís algo muy griego, muy pagano, en este modo de comprender y de admirar las virtudes de la mujer? «El buen humor y la alegría de vivir—dice Renan—fueron las dos cosas griegas por excelencia. Era aquello una raza que tenía siempre veinte años. La Naturaleza la enseñaba la elegancia, la bondad y la sencillez.» Este aliento ligero, sonriente, claro, noble, que anima las creaciones gentiles de los helenos, es idéntico al soplo poderoso y fresco que mueve a las mujeres en los poemas de Zola. Una sencillez de pueblo joven inspira, aquí y allá, los mismos pensamientos. El gran objeto es vivir gozar de la vida, adorar la existencia por ella misma. En este panteísmo, inconsciente y egoísta, Lisistia y Cristina se dan la mano fraternalmente.

Permitidme que cite de nuevo algunas líneas de la señora Blang, cuyas glosas me sirven hoy de pauta.

—Describiendo a la mujer—dice—hacíndola vivir una vida superior, colocándola, por decirlo así, en el centro de todos los dramas y de todos los idilios, Zola la ha convertido en un dulce faro que guía y que ilumina y puede incendiar y destruir. Es la luz igual, uniforme, segura; es la amiga silenciosa.»

Estas líneas parecen escritas después de una lectura de *L'œuvre*, libro en el cual Cristina ama, acaricia y sufre con una serenidad casi impersonal y con una robustez hija de la inconsciencia y del instinto. Lo mismo que todas sus hermanas, esta criatura es «buena», «suave», «sencilla» y «alegre». En su alma y en su cuerpo el amor es una función natural. Su cerebro no medita sobre las consecuencias de su conducta. Es la hembra que se entrega al macho, no por lujuria, no por capricho, sino obedeciendo a la ley eterna. Su idilio carece de locuras y de pasiones. Un amor sereno la domina.

Helena de *Une page d'amour*, tiene un carácter parecido y una voluntad superior.

—Su aspecto—dice Zola—es grave y bondadoso; su sonrisa tranquila revela su buena salud dichosa; su rostro termina en una barbilla redonda, algo recia, que la da un airecillo ronzador y duro. Su alma vive contenta en un ambiente fuerte y sencillo como ella misma.